

escrito con la taquigrafía de los fusiles, y todo proyecto revolucionario fracasa, pues “no tenemos un mito victorioso, una epopeya que nos redima y hasta Bolívar se ve transfigurado por un destello de melancolía”. Un país donde la lucha armada dejó de ser teofanía de los pobres y de la tierra, el ángelus prometido.

Sin embargo, la realidad le ofrece el milagro como el sonido de un pájaro alucinado que chilla en los urapanes y que hace fluir nuevamente el río de presencias y voces con un murmullo en el punto quemante de las evocaciones, para extraer el secreto de una visión completa de una Nínive, que finalmente le abre las puertas del Paraíso como el toque de un fuego luminoso con el rompe del sonido de un arpa y un coro sostenido de seres espirituales batallando, y le permite la experiencia de un lenguaje adánico, prometiéndole una suerte de redención; pues la palabra “es el camino que desde este mundo signado por el interjuego total de los enigmas, lleva al centro en profundidad del universo”, para que la nada se vaya transfigurando con esa luz nacida de la emoción creadora de Dios.



La novela alterna eficazmente el monólogo interior con la tercera voz narrativa dentro de un estilo un tanto manierista que quiere ser reflejo de la realidad americana. Dentro de un tiempo psicológico que contrasta con el tiempo narrativo dentro de un *mise-en-abîme* que enlaza narraciones que contienen a su vez otras narraciones, vamos teniendo la cronología de los hechos mundiales que marcaron la historia moderna y las experiencias

de una generación vividas en esta urbe, en medio de un tejido intertextual denso, con citas bíblicas, filosóficas, literarias, matizadas con todo tipo de relatos y géneros como refranes, proverbios, poemas, canciones populares, relatos históricos, obras musicales, etc., que enmarcan el clima cultural de la época y les dan fuerza argumental a las ideas.

Es una obra con un valor testimonial indiscutible e histórico importante que completa el panorama de una narrativa urbana de ideas que logra una visión amplia, lúcida y directa de los hechos e ideas que enmarcaron las preocupaciones de toda una época y nos permite reflexionar sobre nuestra propia identidad latinoamericana.

NELLY ROCÍO AMAYA  
MÉNDEZ

## Un país aberrante

### De parte de los infieles

Sylvia Galvis

Hombre Nuevo Editores, Colección de Periodismo, Medellín, 2001, 327 págs.

Un epígrafe de Jorge Amado que la autora pone en cabeza de uno de sus artículos, tomados sobre todo de El Espectador y luego de Cambio 16, retrata mejor que nada esta antología de artículos y reportajes de Sylvia Galvis: “La herejía es siempre activa y constructora, abre nuevos caminos. La ortodoxia envilece y pudre las ideas y los hombres”. Una sensación de malestar se queda flotando por los lados de los riñones durante toda la lectura de este compendio de herejías. Nos invade una sensación de náusea. Y es que Sylvia Galvis es la más ácida y al mismo tiempo la más lúcida de las periodistas colombianas. Y no se tapa la boca. Pienso, aunque con mucha menos beligerancia, en María Ximena Duzán o en María Teresa Herrán. Pienso también en Antonio Caballe-

ro. Y si no más ácida, sí es más concreta y lúcida que Caballero, quien juega a ser el *enfant terrible* del poder, pero siempre desde el Poder, del cual los lazos de sangre y los intereses económicos no le dejan escapar.



La primera reflexión que se me ocurre es que un país que no tiene padres de la patria se presta para que los delincuentes se hagan pasar por ellos. Y otra que aterra es la velocidad con la cual pasan delante de la historia esos nombres fatídicos. Parece que mientras los nombres destinados a perdurar no son conocidos por nadie, los de los grandes escándalos se renuevan con alarmante frecuencia. Y en Sylvia Galvis citar un nombre es anatema. No es inexplicable que la mayor parte de los dardos vayan enderezados contra “el auto-denominado presidente Samper”, jugando al bobo más que al corrupto. Compara su gobierno con el del general Rojas Pinilla y con otros en los que especialmente se refugiaron cuantos tenían deudas pendientes con la justicia. La ira de la periodista surge sobre todo en relación con los que ella considera fueron dos parodias de juicios, dos burlas infames: “El alma se descubre por hechos, no por discursos, así sean con vibrato”. Infames son las actuaciones de Heyne Sorge Mogollón, pero también las de Horacio Serpa o las de Belisario Betancur. La autora va y vuelve sobre el *mogollonazo*, del cual se burló hasta “Tirofijo” cuando dijo a Juan Gossain que se entregaría a las autoridades con una sola condición: ¡Que lo juzgara la Cámara de Representantes! Galvis saca dos trascendentales conclusiones de estos episodios: que Horacio Serpa fue el Heyne

Sorge Mogollón de Betancur y que Heyne Sorge Mogollón fue el Horacio Serpa de Ernesto Samper y, por si fuera poco, en otro artículo, no deja de recordarnos que Ernesto Samper fue el Santiago Medina de López Michelsen. Y la de Belisario sería doble, si consideramos el extraño episodio en el que pidió a España la extradición de Gilberto Rodríguez Orejuela, otro de los hechos históricos que todos, menos Sylvia Galvis, parecen haber olvidado.

Pero, por otro lado, aterradora también la manera como se mantienen en el poder algunas familias, no por decenios sino por siglos. Y los dardos contra éstos no son menos virulentos. Desde luego, la otra víctima infaltable de ellos (como de casi todos los periodistas, por lo demás) es Alfonso López Michelsen. Cosas que la sacan de quicio a la autora son la infalibilidad papal, López Michelsen y los hijos de López Michelsen. Nos recuerda cómo cada vez que los López quieren finca hacen una reforma agraria.

Ni qué hablar de Julio César Turbay. La andanada entonces es ilimitada: “¡Qué vida tan nublada de virtudes!”. “La verdad es que no existe un nacional culto que no admire el rigor de su pensamiento, que no vibre al escuchar su elocuencia huracanada, que no se asombre de la frecuente novedad de sus puntos de vista”.

Es casi Vargas Vila. Aunque su mordacidad es de otra especie. Su dictamen sobre la democracia es más triste que demoledor: “Ésa ha sido nuestra trágica constante histórica, siempre votando contra el peor, eligiendo al menos malo”. Y en aquello del menos malo, así describe a Andrés Pastrana, luego de las elecciones de 1998: “No se está diciendo que el nuevo Presidente sea corrupto pero sí que es de alma insípida como una hostia y que es modoso, como un jesuita; y que cuando habla, sus afirmaciones parecen equívocos y sus equívocos afirmaciones”.

De la competencia por una elección presidencial comenta, con cita del sabio Mutis (el del siglo XVIII, no el de ahora): “Dé usted gracias al cielo de no hallarse aquí donde la

racionalidad es tan escasa que corre el peligro de desaparecer”. “Dos aspirantes rematadamente fatuos, y los demás, millones de crédulos bobalicones, insistiendo en elegirlos en lugar de hacer que los dos pierdan, que se lo merecen”.

Creo que Galvis se dedica a tratar de elaborar las leyes que gobiernan ese extraño mundo que es la política colombiana. Y a demostrar cómo las leyes de la física no funcionan en Colombia: En “Ingravideces” (pág. 115), nos dice: “La verdad desnuda, que no figura ni en diccionarios ni enciclopedias, es que en este país de vírgenes, escapularios, pistolas y poetas, los cuerpos no poseen la indefectible inclinación a caer por razón de su propio peso, como lo descubrió el científico inmortal, sino por el contrario, tienen una extraña propensión a caer para arriba, como lo demuestra, día a día, la terca realidad de la vida nacional”. Y al mismo tiempo, “si este país nos sabe tan amargo [pág. 276], es porque tenemos la certeza histórica, la certidumbre trágica, de que aquí las cosas cambian, sí, pero para peor”.

Vivimos en un país, acota Galvis, en el cual hacer historia es “difamar”. “A lo mejor difamar sea el destino implacable de los investigadores” (pág. 215). De ahí esas curiosas ideas, como la de la gran “reconciliación nacional”, que consiste simplemente en perdonar a todos los delincuentes de cuello blanco sus crímenes. Por ello, la periodista no retrocede para condenar la farsa de alguna absolución presidencial.

En estas páginas no se salva nadie. O casi nadie. Al parecer, en la mira de Galvis el único hombre íntegro del país, o al menos de la clase política, es Juan Camilo Restrepo. Pareciera que su único pecado es ser godo. O mejor, ser político: “Lástima Juan Camilo, godo sin mácula, godo capaz”.

A la vez fustiga sin contemplaciones al partido liberal, y desde las páginas de la prensa liberal. Se diría que los conservadores son menos corruptos, simplemente por la misma razón por la cual las mujeres hablan menos en febrero que en el res-

to de los meses: porque tiene menos días. Los conservadores en Colombia, hoy por hoy, son muchos menos que los liberales, luego “menos son allí los bribones”.

Me preocupa, sí, que una visión tan dura como la de Sylvia Galvis lleve a considerar invariablemente deshonestos y malintencionados a quienes no comparten su punto de vista y que de cuando en cuando caiga algún justo por pecador por el simple hecho de estar metido en medio del camino. Y lo digo porque en *Colombia nazi*, libro investigativo que la autora escribió junto con el también periodista Alberto Donadío, son puestos en la picota pública y tratados como espías, sin mayores pruebas, algunos alemanes que vivieron en Colombia en los años cuarenta.

Pero como lector, cambiando de tema, lo que ya apruebo menos es el amor inmoderado de la autora por la obra de José Saramago. Con lamentable frecuencia el que escribe estas páginas, que tiene fama y quizás merecida de ser un buen lector, se ha visto impelido a un gesto de desagrado cuando alguien tímidamente le pregunta si es preciso, para no quedar mal, leerse ese enfadoso libro que tienen en la mesa de noche, del que no ha podido superar las diez primeras páginas. Y con frecuencia no menos grata ha visto un



rostro de alivio en el pobre ciudadano que cree que leer a Saramago forma parte de los deberes patrióticos de todo buen ciudadano del mundo.



Lo cierto es que el libro de Saramago sobre Jesucristo, que tanto encomia la autora, hubiera sido ahorrado si hubiera simplemente leído a Voltaire. Venir a estas horas de la vida a hacer una biografía humana de Cristo, menos bien hecha que las anteriores (pienso sobre todo, por ejemplo, en Renan o en Papini), resulta cuando menos un despropósito. Pero, en fin. Ésta es sólo mi opinión personal. Admiro mucho y apoyo a Sylvia Galvis y me preocupa que la dejen sin tribuna en la prensa nacional, así como que tenga que asilarse en otro país. "Por difamadora".

LUIS H. ARISTIZÁBAL

## Kronfly a la moda

**La tierra que atardece. Ensayos sobre la modernidad y la contemporaneidad**

Fernando Cruz Kronfly  
Editorial Ariel, Bogotá, 1998,  
245 págs.

Tal como el autor lo señala en el subtítulo, éste es un libro que reúne casi una decena de ensayos escritos en variados sitios entre los años 1995 y 1997. Todos ellos se relacionan con el tema de la modernidad y la posmodernidad o, como el autor gusta nombrarla, la contemporaneidad.

En el primer ensayo, "Ser contemporáneo: ese modo actual de no ser moderno", se esboza la tesis de la modernidad como algo que constituye una ruptura con la forma como era mirado el momento actual a partir de

la ruptura con el medievo. Retomando a Le Goff y a Berman, se establece lo moderno como el avance de la velocidad, de la imposición abrupta y arrolladora de nuevos inventos técnicos, de la ciencia como instrumento de una transformación profunda de la realidad.

El autor cuestiona el enunciado de la posmodernidad o la contemporaneidad en su pugna con la modernidad, a la cual concibe como algo superado, en la medida en que ya no acepta la idea del progreso ni la impronta de los cambios en la economía, la sociedad y la cultura, y en lugar de avanzar retrocede a viejos cultos medievales, quebrando así la consecuencia de la modernidad con el alejamiento de los rezagos religiosos o de otra índole. De hecho, la idea del progreso se cuestiona ante la insurgencia de simbologías que no avanzan sobre los pilares de la modernidad, sino que retroceden en el tiempo, pero se convierten en actuales a partir de su reinención y su recreación.

Coincidiendo con Pierre Bourdieu, para quien la esencia del neoliberalismo, al que se podría asimilar con el núcleo fundamental de la llamada posmodernidad, el autor señala que gran parte del acervo cultural e intelectual de la posmodernidad o la contemporaneidad consiste en un artificio formado por los intereses más instrumentales del capitalismo, que no han logrado una superación del paradigma de la modernidad, sino que la han sustituido por la fuerza.

El ensayo "El libro, la lectura y el declive del ideal ilustrado" nos arrastra por el sendero de la reflexión anterior, y nos plantea el declive de la Razón Ilustrada en el fin de siglo como un signo de los tiempos. Se construye la idea de la comunicación que logró conformar el relato antes del libro, pero con éste adquirió un dinamismo de gran altura, con la formación del alfabeto, la cultura formada alrededor del texto, su difusión que comenzó a romper las barreras de la comunicación monopolizada por la elite, la democratización de los símbolos, en fin, todo lo que caracteriza a la época

abierta por Gutenberg y su máquina prodigiosa, que, como la caja de Pandora, dio origen a todos los "males" de la sociedad actual.

La lectura lúcida y la lectura agónica son dos conceptos que enhebra el autor, en un escalonamiento de la comprensión del texto, a la participación del lector en el mensaje del libro, la necesidad de hacer realidad lo leído y de formar proyectos, ilusiones, fantasías, alrededor de lo leído.

El tercer ensayo, "La congoja del amor finisecular", confronta el difícil tema del amor en el fin de siglo, las transformaciones en la relación de los sexos, el papel que comienza a desempeñar la mujer en los procesos de cambio, el cambio de la mujer símbolo a la mujer signo y los conflictos que genera el desplazamiento de miradas ya tradicionales hacia otras miradas de índole diversa, en todo caso desquiciadoras de un orden que parecía inamovible en la imagen del macho y la hembra. El amor que se expresa en los jóvenes tiene connotaciones de desarraigo de compromisos que no se conciben en la época de una generación ya *demodé*, para usar un término paradójicamente puesto de moda.

Son muchas las facetas que tiene esta relación actualizada de los sexos con relación a lo que se observa en las parejas clásicas de la literatura romántica, como la de Efraín y María de Isaacs, el sueño que perdura y no es efímero.



El ensayo "La desesperanza: alto costo de la razón lúcida" es un nuevo trasiego sobre la senda de la reflexión que trae el del "*Ser contemporáneo*",